

Una de las consecuencias de llevar tantos años trabajando en las urgencias de un hospital es que estoy acostumbrado a ver todo tipo de cosas. Pacientes que tan solo necesitan un buen baño para que desaparezcan esas manchas negras que les aterrorizan tanto, moribundos que llaman a gritos a sus familiares sin saber que murieron en el accidente, familias que entretienen el tiempo en la sala de espera retomando la misma discusión de hace cinco años. Al salir de mi última guardia continuaba lloviendo. Suelo ir al trabajo con el tiempo justo, por eso cuando esta mañana vi encendida la luz de la reserva pensé que lo mejor sería llenar el depósito a la vuelta.

El golpe en el cristal me sorprendió. Bajo la ventanilla y una joven me pregunta a dónde voy. Sube al coche, el pelo, igual que su mano, que me ha ofrecido a modo de presentación, está mojado. Llevo un buen trecho debajo del aguacero, me dice después de ponerse nombre, Alma, y darme las gracias. En la siguiente desviación hay un hotel. La habitación es confortable, La bañera cumple. Nos despertamos por la mañana, debe ser tarde. Por suerte hoy es mi día libre. La ducha nos quita las dudas, la toalla al secarnos nos limpia los besos; y ya con la ropa puesta nos convertimos en lo que realmente somos: dos desconocidos sin conversación.

Ahora estamos desayunando uno enfrente del otro: zumo de naranja, café muy cargado, una tostada con mantequilla y mermelada. El zumo es para ella.

La autopista al otro lado del ventanal, llena de coches, me devuelve a mi realidad.

—¿Te dejo en algún sitio?

—Un poco más adelante. En la estación de cercanías.

Creo que al bajarse del coche con el pelo y la ropa seca sus labios han rozado los míos. Espera a que el semáforo se ponga en verde para decirme adiós. Ahora camino de mi casa conduzco despacio. Paso la lengua por mis labios y no soy capaz de encontrar algo que me recuerde el sabor de su pintalabios. No sé en qué momento dejó de llover.

He llegado pronto aún confío en la puntualidad de Lucía. Ahora en el café-librería de siempre, tomo una cerveza en la parte de abajo sin mirar la hora. El local lo llevan entre dos chicas. Una de ellas está colocando algunas novedades encima de la barra que ocupa toda la derecha de esta planta. Imagino que la más joven andará por la zona de arriba. Estoy sentado en una de las tres mesitas, la que está cerca del ventanal. En las otras, unas flores y revistas hacen compañía a las sillas de diseño. No hay dos iguales. Nada ha cambiado desde la primera vez que quedamos. Esta mañana al volver a casa llené la bañera y estuve dentro hasta que el agua empezó a enfriarse, sin llegar a secarme del todo envié un mensaje para confirmar la hora y me eché en la cama. Quería dormir un rato, llegar a la cita de los viernes con Lucía despejado, pero no lo conseguí. En el techo de mi habitación Alma vuelve a subir al coche, todo se repite allí arriba; sus movimientos vuelven a ser tan desenvueltos y seguros como fueron en la cama del hotel, los míos los veo igual de torpes y nerviosos.

Intento fijar la mirada en su rostro, pero no consigo ver si antes de bajar a desayunar se ha puesto carmín. No pude cerrar los ojos, decidí levantarme y comer algo. Luego limpié la cocina y ahora espero con la cerveza a medio terminar, sin mirar el reloj.

En la acera de enfrente el mimo de todos los viernes asusta, con un gesto rápido e inesperado, al chico que acaba de soltar una moneda, es la primera que cae al cazo en el tiempo que llevo aquí. Nos reconocemos con una mirada, me gusta creer que somos colegas. Nos une la espera y los viernes. A veces pienso en su vuelta a casa y le convierto en el protagonista de un posible relato. Le pongo, al final de cualquier día, a subir cansado las escaleras del viejo edificio en el que vive. Vacía el cazo en la mesa de una cocina fría y minúscula, parecida a la nuestra en aquel tiempo tan lejano, cuenta las monedas y algún que otro billete de cinco euros, le dibujo una amplia sonrisa al descubrir uno de diez, es su día de suerte, quiero que piense; y yo pido una cerveza a la chica de pelo corto, vaquero ajustado, camiseta de tirantes y deportivas blancas que se encarga de fotografiar las novedades y subirlas a Instagram.

A las pocas semanas de conocer a Lucía empezamos a hacer la vida en el suelo, la exprimíamos de prisa y sin pensar, no teníamos nada que perder y lo que ocurriera mañana nos daba igual. Nuestro tiempo verbal favorito era el presente de indicativo: siempre lo hacemos en la alfombra, este verano vamos a Roma. No teníamos pasado. Ahora, al darme una vuelta por la parte de arriba con la cerveza en la mano, pienso que éramos mucho mejores entonces. Todo estaba sobre aquella alfombra descolorida. Nunca conseguimos saber su color original, sucia, vieja y llena de agujeros que yo, echándole imaginación, convertí en islas vírgenes no cartografiadas. Nuestros dedos las conquistaron, fueron los primeros que horadaron sus playas. Más adelante Lucía las describió en sus primeros relatos. En esa habitación estaba la vida, todo lo que queríamos, lo poco necesario en aquel tiempo. Comíamos sentados, la espalda apoyada en la pared. el patio vecinal, lleno de cuerdas siempre con ropa mojada, nos hacía compañía al otro lado de la única ventana. Voces, gritos, un mundo ajeno a nuestra alfombra. El sol jamás nos visitaba. La bombilla colgada del techo era nuestra luna privada.

Lucía no llega y los minutos se me van con el recuerdo de Alma. ¿Qué hacía en la gasolinera? Me cuesta imaginarla caminando debajo de la lluvia. Fantaseo con volver a la estación de servicio el lunes con cualquier excusa, comprar chiclés, entrar al cuarto de baño o tan solo preguntar por los puntos acumulados y que puedo conseguir con ellos. La conversación de dos chicos que acaban de entrar me trae de nuevo al presente. No sé por qué, al mirar el cuadro que adorna la pared del fondo, decido que la vuelta la haremos en metro, aunque me toque cargar con las dos mochilas de Pablo y Ana.

—¿Cuántas llevas?

Ha dejado las mochilas encima de una silla. Se ha sentado enfrente de mí. Ni siquiera un saludo, mucho menos un par de besos. Miro sin disimulo el reloj. Pienso el tiempo que llevo esperando y vuelvo a recordar aquellas veces

en que todo lo teníamos sobre la alfombra, la sed se nos quitaba al beber de la misma botella de cerveza, el cenicero siempre lleno de cenizas y las colillas en cualquier vaso medio lleno. Todo estaba, entonces, a medio hacer; los vasos de plástico tirados en cualquier lugar. Siempre sonaba un disco, la carátula olvidada en la cama sin hacer. Al levantarnos por la mañana todo era tropezar con los libros abandonados en la habitación. No tienen su lugar, nosotros jamás lo llegamos a tener. Fuera de nuestras cuatro paredes nada existía. Toda la vida cabía en aquellos pocos metros cuadrados.

—Qué cerca estuvimos de la felicidad entonces —Le digo, sin contestar su pregunta.

Pablo y Ana están en la calle con el mimo. Son capaces de tener más diálogo con él en cinco minutos que conmigo en todo el fin de semana.

—En la mochila te he puesto sus libros y cuadernos, ropa tienen en tu casa, no olvides que están de exámenes la semana que viene —Es todo lo que me dice. Luego mira la decoración con un gesto de aprobación—. Bonito lugar escogiste para nuestros intercambios de los viernes.

Lo elegimos los dos, pero prefiere marcar distancias con nuestro pasado. Lleva tiempo comportándose como si no hubiéramos compartido nada. Prefiero no decir nada, la miro a los ojos sin poder evitar una pequeña sonrisa de ironía.

—Lucía, ni que fueran fardos.

Los niños siguen enfrente del mimo con las manos entrelazadas, ninguno de los tres se mueve. En todo este tiempo tan solo he podido verlos de espaldas, no se han girado ni una sola vez. Esperan. Aún no son conscientes. Ya esperan un movimiento inesperado del mimo que les haga sonreír, que sus padres dejen esta conversación de compromiso, que yo los lleve a casa y su madre les dedique dos besos rápidos de despedida. Empiezo a sentir lástima por ellos por las de esperas que les quedan.

—Se nota el poco tiempo que pasas con ellos.

—¿Qué tal Roma? —pregunto para abrir otro camino.

Nunca llegamos a ir, como tantas cosas que se van quedando en el camino. Lucía descubrió en el momento justo que la vida es algo más que ver islas vírgenes en los rotos de una alfombra vieja.

Yo hice medicina, ella se decidió por biología. «No me apetece que me quiten la ilusión de escribir con aburridos estudios morfológicos». Justificó su huida de cualquier filología. Salimos de la universidad y, casi sin darme cuenta, todo empezó a ir rápido; pronto quiso su futuro, a ser posible con una alfombra nueva. Enseguida los niños, entre el primero y el segundo su primera novela escrita con los personajes y la historia que yo inventaba al ir y venir al hospital, y que ella supo convertir en un texto bien armado según los críticos. Ahora, en el año que llevo fuera de casa, intenta sacar un libro de relatos, con escaso éxito. Insúa, nunca lo dice con claridad, que está atascada.

—Algún día iré. No renuncio a tener un ático con vistas al Coliseo.

No me pasa desapercibida la primera frase en singular, ni la segunda. Los niños entran corriendo, me piden dinero, quieren ver al mimo moverse. Les doy dos billetes de diez euros y sé que Lucía acaba de abrir una rendija, muy pequeña, pero quizá suficiente.

—Qué fiestas llenas de vacuidad —Le digo.

Sin esperar su respuesta le hablo de la belleza, de la pérdida del tiempo. De cómo un circo donde se mata se convierte en un templo sagrado. Si el Coliseo cae todos caemos con él.

—Obvio que estoy lejos de Sorrentino, Lucía, pero puedo echarte una mano. No puedes quedarte en un *Jep Gambardella* cualquiera.

—Y nosotros somos los elegidos. Tú y yo sostenemos las ruinas del circo. Quieres que me ría o pedimos otra cerveza, Vaya tela. *Paolo*, sigues en tu mundo. Y gracias por tu interés, pero me voy apañando.

No sé cuándo empezó a llegar la noche ni en qué momento el mimo recogió sus bártulos. Al menos dos billetes de diez euros verá caer sobre la mesa de su cocina. Y es ahora cuando siento el peso de Ana sobre mis piernas y veo a Pablo sentado al lado de su madre. Deben llevar un buen rato con nosotros, quizá pendientes de la conversación. Quizá pendientes de su posible caída.

—No seas irónica. Sabes de que estoy hablando. Son nuestras ruinas, Lucía, las que no pueden caer. Es el tiempo en que todo era posible. Hablo de eso y lo sabes.

Nos miramos a los ojos sin decir nada. Lucía baja sus ojos verdes y sigue el movimiento de mi mano derecha con el anillo que no he dejado de llevar en estos últimos meses. Todo es silencio y empiezo a notar un gran cansancio, la derrota pesa mucho. Exploro su rostro.

—Sigues igual que en aquellos años, sin pintarte los labios.

—Nunca lo he hecho, lo sabes. ¿A qué viene eso?

Utilizo las pocas fuerzas que me quedan en decirle que hace falta cuatro vidas para ver Roma, y solo dispongo de una y a medio usar; que lo único que poseo son tres historias para ella, que en todas un personaje toma el camino de la renuncia. Un actor prefiere ser artista callejero antes que aceptar guiones vacuos, dos desconocidos se citan todos los sábados en una habitación del mismo hotel, con la condición de no saber nada el uno del otro porque saber es empezar a olvidarse, que carezco de una cuarta historia y que en la tercera un médico va y viene al hospital cansado de dar malas noticias, de no saber cuándo es mejor llenar el depósito de gasolina, y una mañana se sorprende al no estar seguro de tener restos de carmín en los labios. Él, que lo único que desea desde hace un año es volver a besar los de la chica que nunca se los pinta.